

SEGREGACIÓN RESIDENCIAL SOCIOECONÓMICA EN UNA CIUDAD DE LA PATAGONIA. UNA APROXIMACIÓN AL CASO DE NEUQUÉN (1991)

PERREN, Joaquín (*)

RESUMEN

Este artículo pretende ser una aproximación histórica al fenómeno de la segregación residencial socioeconómica. El escenario seleccionado es la ciudad de Neuquén, una localidad de tamaño intermedio que experimentó un importante crecimiento demográfico durante la segunda mitad del siglo XX. El artículo comienza con un abordaje del concepto de segregación. Luego se realiza una descripción general del escenario en el cual se desarrolló el proceso que se pretende analizar. Por último, se analiza la diferenciación socio espacial a partir de dos dimensiones: la desigualdad y el *clustering*. En términos heurísticos, el artículo utiliza la información ofrecida por el Censo Nacional de Población y Vivienda INDEC de 1991, así como cartografías temáticas elaboradas con Sistemas de Información Geográfica.

Palabras clave: segregación residencial - diferenciación socio espacial - estudios urbanos - demografía histórica.

(*) Doctor en Historia

Investigador Asistente CONICET

Nodo “Centro de Estudios de Historia Regional”, Unidad Ejecutora en Red “Investigaciones Socio-Históricas Regionales” (ISHIR-CONICET)

Independencia 1138 - Duplex 11 - (8300) Neuquén, Argentina

@ joaquinperren@gmail.com

SOCIOECONOMIC RESIDENTIAL SEGREGATION IN A CITY OF PATAGONIA. AN APPROACH TO THE CASE OF NEUQUÉN (1991)

ABSTRACT

This article is an historical approach to the phenomenon of socioeconomic residential segregation. The selected scenario is the city of Neuquén, a town of intermediate size which experienced a significant population growth during the second half of the twentieth century. The article begins with a review of the concept of segregation. Then we present a general description of the scenario in which the process under analysis was developed. Finally, we analyze the socio-spatial differentiation taking into account two dimensions: inequality and clustering. In heuristic terms, the article uses information provided by the National Census of Population and Housing 1991 as well as thematic maps produced with GIS.

Key words: residential segregation - socio-spatial differentiation - urban studies - historical demography.

Introducción

En los últimos años, al calor del avance de las recetas neoliberales, la temática de la segregación urbana ha logrado ganar espacio en el mundo académico y en las agendas públicas de los países latinoamericanos. Pese a esta mayor visibilidad, las investigaciones orientadas al estudio de la diferenciación espacial urbana se han detenido mayormente en las áreas metropolitanas de la región y, por razones heurísticas, se han enfocado en el presente. La ciudad de Neuquén es, por este motivo, una interesante plataforma desde donde analizar, en clave histórica (1), aquellas dimensiones que permiten entender la distribución de la población al interior de las aglomeraciones de tamaño intermedio. En el presente artículo, planteamos la necesidad de observar, representar e interpretar las desigualdades socio-espaciales al interior de la ciudad de Neuquén hacia comienzos de la década de 1990. Un estudio sistemático en esta materia no sólo permitiría brindar evidencia alrededor del proceso histórico que condujo a la actual fragmentación de esta localidad, sino que además serviría de insumo para la realización de estudios comparativos (2). En este sentido, hacemos propias las palabras de P. Bourdieu (1996: 26), cuando afirmaba que conocer los cambios y continuidades que la segregación ha presentado en el tiempo, es aquello que las ciencias sociales en general y la historia en particular “pueden y deben hacer”.

Para llevar adelante la presente propuesta utilizaremos la información suministrada por el Censo Nacional de Población y Vivienda INDEC, de 1991. Al mismo tiempo, con el propósito de explorar los condicionantes de la segregación que, siguiendo a E. Machado Barbosa (2001), operan a nivel societal, usaremos buena parte de la producción historiográfica disponible y estadísticas recopiladas por diferentes organismos oficiales. Por último, para reflejar en el espacio muchos de los fenómenos que las fuentes ponen en evidencia, hemos elaborado cartografías temáticas a partir de la utilización de Sistemas de Información Geográfica (en particular, el programa ArcView GIS 3.3).

Una pizca de teoría y algunos antecedentes

Existe cierto consenso académico alrededor de la definición de segregación residencial. En palabras de J. Rodríguez Vignoli y C. Arriagada Luco (2008: 6), este concepto remite a "las formas de desigual distribución de grupos de población en el territorio". De ahí que pueda ser pensada como una de las formas en que se expresa el proceso de diferenciación social o, lo

que es igual, como la cristalización en el espacio de la estructura social (Machado Barbosa, E. 2001). Si aplicáramos esta idea al ámbito urbano, alcanzaríamos una definición como la de D. Massey y N. Denton (1988: 282), para quienes “la segregación residencial es el grado en el que dos grupos viven de forma separada uno del otro, en diferentes partes del medio urbano”. Claro que esta separación puede asumir diferentes formas y esto, como es de imaginar, complica cualquier posibilidad de acceder a la segregación a través de definiciones sencillas.

En términos generales, es posible hablar de tres modalidades a partir de las cuales se manifiesta el fenómeno en cuestión. La primera de ellas se refiere a la proximidad física entre los espacios residenciales de diferentes grupos sociales, fenómeno que los expertos norteamericanos lograron medir a través de la distancia media entre minoría y mayoría. La segunda apunta a descubrir el grado de homogeneidad social de las distintas fracciones que componen el espacio urbano. Esta faceta de la segregación fue estudiada con detalle por la ecología factorial, disciplina basada en la idea de las “áreas sociales” de E. Shevky y W. Bell (1955). El estudio de estas últimas, sostenido en aplicación de técnicas de análisis multivariado, permitía el acceso a aquellas dimensiones latentes que explicaban la diferenciación residencial al interior de las ciudades (rango social, urbanización y étnicas). Una última forma de segregación, quizás más conocida debido a la vasta producción científica dedicada al estudio de los *ghettos*, se relaciona con la concentración de grupos sociales en zonas específicas de la ciudad.

Esta multiplicidad de formas que encierra la segregación urbana nos obliga a aproximarnos a definiciones mucho más precisas. Este es justamente el atributo más saliente de la propuesta de F. Sabatini, G. Cáceres y J. Cerda (2001: 27), para quienes la segregación residencial es “el grado de proximidad espacial o de aglomeración territorial de las familias pertenecientes a un mismo grupo social, sea que este se defina en términos étnicos, etarios, de preferencias religiosas o socioeconómicas, entre otras posibilidades”. Para el caso que nos ocupa, dejaremos de lado las primeras tres opciones y centraremos nuestra atención en el último de los aspectos considerados por los autores mencionados.

Definido el concepto de segregación, conviene que nos detengamos en los principales resultados obtenidos por las investigaciones que se han dedicado al abordaje de esta problemática en Latinoamérica. Los primeros pasos en esta dirección fueron dados por L. Schnore (1965) hacia mediados de los sesenta. En un estudio clásico, el sociólogo estadounidense señaló que las ciudades latinoamericanas presentaban algunas particularidades que las distanciaban de las norteamericanas. A diferencia de las ciudades

anglosajonas, las situadas en la América Hispana presentaban a los grupos poblacionales de mayor poder económico en el centro de la ciudad y a los sectores populares extendiéndose en abanico hacia la periferia. Desde su perspectiva, que podríamos ubicar en el casillero del evolucionismo ecológico, la pauta tradicional latinoamericana era, en realidad, un caso particular de la pauta pre-industrial, que de estar dadas las condiciones iba a tomar la apariencia de las metrópolis norteamericanas.

El intento de analizar la experiencia latinoamericana como una escala intermedia de un recorrido que culminaba en las ciudades anglosajonas fue objeto de numerosas críticas. Es cierto que ese esquema ayudaba a entender lo que, hacia mediados del siglo XX, estaba sucediendo en algunas urbes de la región cuyas estructuras eran sacudidas por el arribo de una multitud de migrantes y por una decidida huida de las elites hacia la periferia (por caso, La Habana pre-revolucionaria y Bogotá) (Amato P. 1968 y Garnier J. 1973). Sin embargo, eran tantos los aciertos como las refutaciones a las que podía ser sometido el evolucionismo ecológico de L. Schnore (1965). El temprano estudio de H. Torres (1978) sobre la ecología urbana de Buenos Aires es una buena muestra de ello. Haciendo uso de un análisis factorial, este renombrado urbanista sostuvo que el caso de Buenos Aires no sólo presentaba algunas contradicciones insalvables respecto al modelo norteamericano, sino que además su experiencia podía utilizarse como contraprueba. Advirtiendo el hecho que el nivel socio-ocupacional de la población disminuía a medida que nos internábamos en el conurbano, H. Torres (1978) afirmaba que Buenos Aires había adquirido las notas distintivas de las ciudades preindustriales en el momento en que la industria estaba desplegando sus alas.

En parte por el desfase que algunos científicos descubrieron en relación a los modelos tradicionales y en parte por la búsqueda de una mayor complejidad, fue madurando la necesidad de generar modelos que, desde la diversidad, pudieran explicar las principales características de la segregación y de la diferenciación socio-espacial de las ciudades latinoamericanas. Los abanderados en esta nueva manera de pensar la ciudad latinoamericana fueron J. Bähr y G. Mertins (1981) quienes estudiaron las urbes de la región en el periodo en el que las mismas estaban acelerando los tiempos de su industrialización. Al fragor de estos cambios, los geógrafos teutones alertaron sobre la existencia de tres patrones espaciales que modelaban la expansión urbana del subcontinente. El primero de ellos pareciera seguir una lógica concéntrica. Debido a su distinta valoración económica, producto de su mayor o menor accesibilidad, los anillos resultantes eran dueños de funciones específicas: el distrito central de negocios concentraba la actividad del sector terciario, un primer

anillo era destinado para usos múltiples y, por último, el segundo anillo alojaba las zonas residenciales para la población de bajos recursos. Junto a esta configuración concéntrica se apreciaba una segunda: la explosión de los límites originales de la ciudad tomaba la forma de cuñas que avanzaban hacia la periferia. Esos sectores, que albergaban en direcciones opuestas a la elite socioeconómica y al grueso de los recién llegados de bajos recursos, seguían la dirección de los centros comerciales y de las áreas industriales respectivamente. Por último, J. Bähr y G. Mertins (1981) descubrieron una estructura celular que caracterizaba a la periferia. Estos enclaves, que señalaban la explosión de los límites de la ciudad tradicional, estaban conformados por barrios informales, proyectos habitacionales oficiales y por opciones residenciales de clase alta.

Escapar de la rigidez propia del evolucionismo ecológico, expresado en la propuesta de L. Schnore, fue también una bandera enarbolada por algunos científicos estadounidenses. Este fue el caso de E. Griffin y L. Ford (1981), quienes hacia comienzos de los ochenta propusieron un modelo de análisis alternativo para el desarrollo de las ciudades latinoamericanas. No siempre reconociendo la influencia de la Geografía alemana, estos geógrafos hallaron algunas particularidades dignas de ser analizadas. En principio, la ciudad latinoamericana combinaba, en dosis variables, elementos tradicionales ligados a la herencia hispánica con otros que podríamos ubicar en el casillero de la “modernidad”: por un lado, existía un distrito central de negocios, desarrollado en torno a la plaza central, del cual se desprendía un eje de negocios; mientras que, por el otro, era visible una morfología basada en la sucesión de anillos concéntricos. El carácter limitado del área central volvía indispensable una expansión del mismo en forma de columna. Quedaba así delineada una franja de la ciudad, *spine* en palabras de E. Griffin y L. Ford (1981), en la que sobresalían los negocios de alto *standard*, la oferta de entretenimientos y los espacios recreativos de enorme valor paisajístico, alrededor de la cual se asentaba un sector residencial de elite que se desplegaba en dirección a la periferia, donde se edificaban los suntuosos suburbios de los que hablaban J. Bähr y G. Mertins (1981). Por fuera de esta configuración sectorial, el resto de la dinámica de la segregación parecía seguir una lógica concéntrica cuya traducción en el plano eran tres añillos sucesivos. El primero de ellos constituía un “área de madurez” en la que se localizaban las residencias de mayor prestigio, excepción hecha de las ubicadas alrededor del eje comercial. El segundo anillo, al que los autores denominaron “zona de acrecentamiento *in situ*”, se parecía mucho a un área de transición entre los espacios residenciales de clase media y el anillo externo de la ecología urbana. El tercer anillo se caracterizaba por una virtual ausencia de servicios

y una menor calidad en la edificación y por albergar una población que se desempeñaba en los escalones inferiores de la estructura ocupacional.

En relación al estudio de la diferenciación socio-espacial y de la segregación residencial para el caso de ciudades argentinas, sólo podemos mencionar un puñado de trabajos. Además de los trabajos de H. Torres (1979), E. Groiman y A. Suárez (2006) y G. Rodríguez (2008), todos enfocados en la ciudad de Buenos Aires y su área metropolitana, contamos con algunos estudios que intentaron testear la aplicabilidad de los modelos mencionados a algunas de las urbes intermedias del país. Entre ellos, deberíamos mencionar los intentos de F. Cervera (1974) de analizar la ecología de la ciudad de Santa Fe o los de M. Reñe (1994) de utilizar la plantilla de E. Griffin y L. Ford (1981) en relación al aglomerado de Rosario. En el caso de las localidades de menor tamaño, problemática mucho más cercana al presente trabajo, es necesario mencionar los sugestivos aportes de D. Howell (1989). Tomando en consideración tres ciudades del centro de la provincia de Buenos Aires (Tandil, Azul y Olavarría), este autor llegó a la conclusión que el modelo de E. Griffin y L. Ford (1981), pese a ser satisfactorio para explicar la distribución de la población en el tablero urbano, presentaba para los casos estudiados algunas particularidades dignas de ser resaltadas: la residencia de la elite, en lugar de estar asentada en las proximidades de la columna comercial, se encontraba en un sector aislado; mientras que la transición desde las áreas de madurez hacia los asentamientos periféricos era mucho menos abrupta, lo cual pareciera indicar una mejor distribución de la riqueza y un menor nivel de segregación residencial.

No menos importantes fueron los aportes realizados por G. Buzai (2003). A partir de la aplicación de diversas técnicas de análisis multivariado y de la obtención de índices de segregación, este geógrafo trazó una modelización de la estructura socio-habitacional de la localidad de Luján, en la que resultaban visibles aspectos señalados por J. Bähr y G. Mertins (expansión residencial de la elite), E. Griffin y L. Ford (anillos concéntricos y *spine*) y L. Ford (división entre centro comercial e histórico, y aparición de centralidades periféricas). Este trabajo sirvió de catalizador para una serie de estudios que intentaron captar el fenómeno de la segregación residencial en otras ciudades de la Argentina. Sin ánimo de ser exhaustivos, podríamos mencionar las exploraciones realizadas por J. Natera Rivas (2010) para diferentes capitales del Noroeste; las de J. Natera Rivas y N. Gómez (2007) en relación a Santa Fe; las de C. Tecco y E. Valdez (2006) para Córdoba; las de S. Linares y D. Lan (2007) para Tandil; las de S. Sassone, D. Sánchez, y B. Matossian (2007) para Bariloche; así como las de S. Ares y C. Mikkelsen (2007) para el área de Mar del Plata.

Algunas decisiones metodológicas

El estudio de la segregación residencial socioeconómica en la ciudad de Neuquén nos obliga a tomar tres decisiones metodológicas de enorme importancia. La primera de ellas consiste en seleccionar una variable que nos permita acceder al mundo de la segmentación socioeconómica. Dicho en términos más simples, es necesario elegir una dimensión a partir de la cual resulte posible visualizar las diferencias sociales que atravesaban a la capital neuquina hacia comienzos de la década de 1990. La segunda, nos conduce al eterno problema de la elección de una escala adecuada para captar el fenómeno de la diferenciación socio-espacial. Esta no es una cuestión menor en la medida que los valores obtenidos se ven siempre afectados por la cantidad y tamaño de las subunidades espaciales en que se divide el territorio (Sabatini, F. 2003). La tercera decisión, por su parte, nos conduce al mundo de los índices o, lo que es igual, de las distintas formas a partir de las cuales puede medirse la segregación en el seno del espacio urbano.

Comencemos por el primero de los aspectos señalados: la *variable de segmentación socio-económica*. Alrededor de este punto, los datos disponibles presentan una primera dificultad. Lamentablemente, el Censo Nacional de Población y Vivienda INDEC de 1991 no brinda información sobre nivel de ingreso y sobre los estratos que conformaban la estructura social de la ciudad de Neuquén (3). De ahí que sólo podamos acceder a las diferencias sociales de la población a través de un ejercicio de aproximación: en ausencia de información referida a la condición económica de la población, utilizaremos el máximo nivel de instrucción del jefe de familia (MNI) como variable de segmentación socio-económica. Pese a que se trata de un paliativo, no podría decirse que constituye una decisión caprichosa. Lejos de eso, numerosos trabajos han abrazado esta opción metodológica y todos ellos parten de una idea común: existe una estrecha correlación entre la educación del jefe de hogar y la probabilidad de obtener mayores ingresos familiares (Rodríguez G. 2008). Pero no se trata de una relación a la que podríamos pensar en términos unilaterales. Como bien señalan C. Arriagada Luco y J. Rodríguez Vignoli (2003), los vínculos entre instrucción y pobreza funcionan en un doble sentido: por un lado, un bajo nivel de instrucción genera pobreza; mientras que, por el otro, la situación de pobreza aparece como un limitante a la hora de adquirir capital educativo, con lo que aquella se reproduce de manera intergeneracional.

Veamos ahora cómo el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos volvió operativa la observación del MNI. El censo de 1991 nos proporciona

ocho categorías educativas que abarcan una gama de situaciones que van desde el analfabetismo hasta la titulación universitaria. Con el propósito de facilitar nuestra aproximación al fenómeno de la segregación, hemos reagrupado a las mismas en cuatro niveles: bajo, medio bajo, medio alto y alto. El Cuadro N° 1 nos muestra la pertinencia de la elección de criterios educativos como forma de acceder al nivel socio-económico de la población neuquina. Para sostener este punto sólo hace falta hacer referencia a algunos datos provistos por la Encuesta Permanente de Hogares (INDEC, 1995) para la región patagónica: el grupo de mayor nivel de instrucción tenía, hacia mediados de los noventa, un ingreso familiar cuatro y media veces superior al del grupo de menor instrucción. Y las diferencias entre los grupos intermedios no escapan a una realidad surcada por las asimetrías: el primero ganaba casi el doble que el segundo; mientras que entre este último y el tercero existía una brecha del 60% (Cuadro N° 1).

Cuadro N° 1 -Ingreso per cápita mensual, según nivel de educación del jefe del hogar. Patagonia, 1995.

Nivel de Educación del Jefe de Hogar	Ingreso per capita (en pesos)
Bajo. Sin instrucción o primario incompleto	168
Medio Bajo. Primario completo y secundario incompleto	233
Medio Alto. Secundario completo y superior incompleto	428
Alto. Superior y universitario completos	765

Fuente: INDEC, Encuesta Nacional de Gastos de los Hogares

Pasemos al *problema de la escala*. Podríamos resumir esta cuestión de una manera que resulte sencilla para el lector. Mientras más pequeña sea la unidad espacial escogida, mayores serán las posibilidades de atrapar situaciones que serían imposibles de observar a nivel general. La historia -y, dentro de ella, la literatura dedicada al estudio de procesos migratorios- ha advertido sobre este tema. Autores como M. Borges (1991) y C. Frid (1991), para los casos de los portugueses en Buenos Aires y de los italianos en Rosario respectivamente, señalaron la conveniencia de reducir la escala de observación al máximo y así evitar los peligros que implican los límites municipales, muchas veces poco hábiles para retratar fenómenos micro-sociales. Pero los riesgos de pecar por exceso están siempre presentes: si la unidad espacial elegida es demasiado pequeña es probable que produzca una sobreestimación de la segregación. Por eso, el desafío reside en la definición de subunidades espaciales que sean lo suficientemente pequeñas pero que, a su vez, sean significativas en cuanto al número de personas que

las habitan (4). En función de estas recomendaciones, hemos utilizado en el presente estudio, información a nivel de radio censal que, aunque constituye la escala límite de desagregación provista por el censo de 1991, nos proporciona unidades espaciales cuya dimensión podría asimilarse a la de un vecindario (en su inmensa mayoría superan el millar de habitantes) (Mapa N° 1).

Mapa N° 1 -Ciudad de Neuquén por radios censales (1991)



Fuente: Dirección Provincial de Estadística y Censo de Neuquén

En relación al *problema de los indicadores* decidimos seguir el rastro dejado por D. Massey y N. Denton (1988), dos referencias ineludibles en el estudio de la segregación residencial. En una obra clásica, ambos autores advertían que la diferenciación socio-espacial podía ser analizada a partir de distintas dimensiones. Para los fines que alientan este trabajo, y en función de la información con la que contamos, nos conformaremos con abordar dos dimensiones en particular: la desigualdad y el *clustering*. Sin ánimo de ser exhaustivos, podríamos decir que los indicadores que se desprenden de la primera captan distribución desigual de los grupos sociales en las áreas espaciales en las que puede subdividirse la ciudad; mientras que los que nacen de la segunda, miden en qué medida las áreas habitadas por miembros de un grupo lindan una con la otra en el espacio (5). Dicho en

otros términos, la desigualdad nos habla de la mezcla habitacional que existe entre dos grupos de la población, y el *clustering*, acerca de cuan agrupadas se encuentran las áreas en las que un determinado grupo tiene una fuerte presencia.

Para la medición de la segregación residencial para la primera de las dimensiones emplearemos dos de los indicadores más frecuentemente utilizados en la literatura especializada: el índice de Segregación (IS) y el índice de Disimilitud (ID). Se trata de indicadores globales que proporcionan una única medida resumen de segregación para el conjunto de la ciudad. Luego, para identificar aquellas áreas con alta concentración de jefes con MNI bajo y detectar distintas formas de agrupamientos, utilizaremos otros dos indicadores que, aunque no fueron desarrollados por D. Massey y N. Denton (1988), se encuentran inspirados en sus principios: el Cociente de Localización (LQ) y un índice de Contigüidad (IC)

Presentación del caso: una ciudad móvil en la Patagonia

Resuelto cada uno de los desafíos metodológicos que implica el estudio de la segregación, conviene que realicemos una descripción general del escenario en el cual se desarrollaron fenómenos que pretendemos estudiar. En este sentido, no sería exagerado afirmar que las provincias del sur argentino presentaban, a comienzos de la década de 1960, una débil ocupación del territorio que se traducía en enormes espacios deshabitados, interrumpidos ocasionalmente por alguna mancha de población (Bandieri, S. 2005). Aun cuando los primeros proyectos de colonización se remontaban a los años que siguieron a la mal llamada “conquista del desierto”, sus resultados fueron extremadamente pobres. Para mediados del siglo XX, la Patagonia todavía presentaba como actividades predominantes una ganadería extensiva, una agricultura intensiva de oasis y la extracción de hidrocarburos (Blanco G. y otros 1997). Como es lógico suponer, esta orientación productiva colaboró muy poco en el fortalecimiento de un perfil urbano de la región. Antes bien, una mirada superficial nos permitía observar un puñado de ciudades que, en ningún caso, podían compararse con los tradicionales centros pampeanos.

La ciudad de Neuquén se ajustaba perfectamente a esta hoja de ruta. Aunque era la capital de la provincia del mismo nombre, su anatomía no se diferenciaba demasiado de la pequeña villa fundada en 1904. Alejada de las ciudades más pobladas de la Patagonia, constituía la cabecera de un espacio rural inmediato dedicado a la fruticultura y el asiento de un aparato burocrático cuyos brazos apenas se extendían sobre el territorio provincial (Mases E. y otros 2004). Ubicada en la periferia del Alto Valle del río

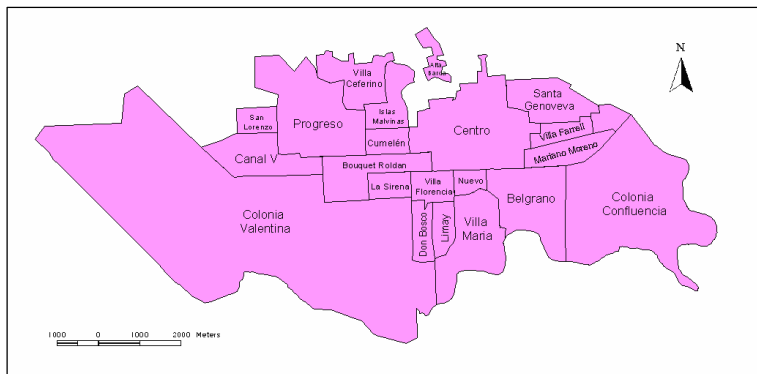
Negro, su población se parecía mucho a la de otras ciudades de la región. Al igual que Cipolletti o General Roca -ambas ubicadas en la vecina provincia de Río Negro- una considerable población europea y sus descendientes conformaban el grueso de los propietarios de pequeñas parcelas dedicadas a la producción de fruta y el principal resorte del comercio local. Al mismo tiempo, una muy importante corriente originada en los valles de la novena región de Chile, cumplía tareas de apoyo a la producción rural, pero también una variada gama de labores urbanas que requerían escasa calificación (Trpin V. 2005).

Pese a su considerable avance durante la primera mitad del siglo XX, la población neuquina presentaba tasas de crecimiento menores a las del cinturón industrial bonaerense. Apartada de los proyectos industrialistas que habían remodelado la arquitectura demográfica argentina, la ciudad de Neuquén crecía gracias a un crecimiento vegetativo apenas positivo y a consolidarse como destino de un creciente contingente de migrantes del interior del territorio. Lejos habían quedado los años en los que la población neuquina se distribuía de forma equilibrada entre cada uno de sus espacios productivos. Con el deterioro de la ganadería que alimentaba a los mercados trasandinos, sujeta desde los años cuarenta a rigurosos controles fronterizos, el sector oriental de la población comenzó a ganar espacio frente a los departamentos recostados sobre los Andes (Bandieri S. 2002). De todos modos, este crecimiento, que llevó a la joven capital de los dos mil habitantes (1914) a los siete mil (1950), fue insignificante respecto al que experimentó en las décadas siguientes (Vapñarsky C. y Pantelaides E. 1983).

El “desarrollismo”, desde fines de la década de 1950, dio aire fresco a los periféricos distritos del sur argentino. El intento de desmontar el modelo agro-exportador y de erigir en su lugar una maquinaria industrial diversificada, impulsó la búsqueda de fuentes energéticas acordes con esta nueva meta. Una economía que, hasta allí, había mirado “hacia fuera” mostró un creciente interés por crear “polos de crecimiento”, que irradiarían su influencia al conjunto nacional. Esta nueva sintonía ideológica, que valorizaba el papel planificador del Estado, tuvo a Neuquén como un escenario privilegiado. En ese contexto, la construcción de grandes represas para la producción de energía, articulada con la expansión en la explotación de hidrocarburos, benefició especialmente a la capital neuquina. Esto gracias a que diferentes autoridades provinciales propiciaron la radicación en la ciudad, de aquellas empresas a cargo del usufructo de esos recursos, pero también porque la prestación de servicios a las mismas se concentró en su planta urbana (Kloster, E. 1991). En pocas palabras, el deslizamiento desde una migración “por goteo” a otra masiva no podría explicarse sin el

concurso simultaneo de un decidido accionar oficial y del creciente perfil energético que adquirió la provincia de Neuquén durante el período comprendido entre 1960 y 1991.

Mapa N° 2 - Ciudad de Neuquén hacia fines de los ochenta



Fuente: Elaboración propia a partir de planos del Dirección Provincial de Estadística y Censo

En unos pocos años, esa localidad, que no se diferenciaba de sus vecinas, se transformó en una de las ciudades argentinas de mayor crecimiento durante la segunda mitad del siglo XX. Entre 1960 y 1991, la población de la ciudad transitó de los veinticinco mil habitantes a una cifra próxima a los ciento setenta mil (INDEC 1998: 15). Las viejas corrientes migratorias, todavía importantes, convivieron con un nuevo flujo que provenía de diferentes regiones argentinas como el conurbano bonaerense, Córdoba, Rosario y Mendoza. Aunque el área pampeana conservó su primacía demográfica durante la segunda mitad del siglo XX, eso no debería ocultar las interesantes transformaciones en el sistema de asentamiento. Bajo el efecto de una demanda laboral que avanzaba a un ritmo hasta entonces desconocido, Neuquén se consolidó como una área receptora y, como no podía ser de otra forma, su estructura demográfica experimentó un radical cambio: una población persistentemente joven y el creciente peso de los migrantes marcaron los ritmos de una ciudad que abandonaba su perfil parroquiano para convertirse en un centro de servicios, que atendía a una extensa zona metropolitana situada sobre las márgenes de los ríos Neuquén, Limay y Negro (Vapñarsky C. y Pantelaides E. 1987).

Luego de este breve ejercicio de contextualización, estamos en condiciones de formular algunos interrogantes que orientarán nuestras reflexiones: ¿Cómo estos cambios impactaron en las distintas dimensiones e indicadores a partir de los cuales se expresa la segregación residencial socioeconómica? ¿La “isla del bienestar”, tal como definieron a Neuquén distintos autores (Favaro O. y Arias Bucciarelli M. 2001), albergaba a su interior bolsones de pobreza? ¿Esa población de escasos ingresos se encontraba segregada dentro del espacio urbano?

Algunos resultados del estudio de la segregación residencial socioeconómica en la ciudad de Neuquén

A continuación se presentan los principales hallazgos que surgen de la medición de los indicadores de segregación espacial en la ciudad de Neuquén. Por una cuestión de orden, organizaremos la exposición a partir de cada una de las dimensiones que detallamos en la segunda sección del trabajo. Como ya advertimos con anterioridad, todas las mediciones se hicieron tomando como referencia los radios censales y, para facilitar la lectura de los resultados, fueron acompañadas de un recuento de las principales virtudes y defectos que presenta cada uno de los indicadores seleccionados.

- *Dimensión desigualdad*

Los dos indicadores de segregación bajo la dimensión de desigualdad que examinaremos en este trabajo son los índices globales de segregación (IS) y de disimilitud (ID). Ambos parten de dos características semejantes: toman como referencia al conjunto de la ciudad y se interpretan como la proporción de un grupo determinado que debería mudarse para lograr la desagregación total con respecto a otro (Duncan O. y Duncan B. 1955). Un valor cercano a 100 nos indicaría que el grupo en cuestión no comparte las áreas residenciales con miembros del otro grupo (realidad de segregación); mientras que uno próximo a cero nos avisa que la proporción de ambos grupos para cada una de las subdivisiones estudiadas es idéntica (realidad de integración). La diferencia entre uno y otro consiste en que, mientras que el IS mide la distribución de un grupo respecto del total de la población, el ID mide la distribución de dos grupos entre sí.

La principal ventaja de los índices de segregación y disimilitud no es muy difícil de imaginar: su lectura es fácil e intuitiva. A esto debemos sumar que el cálculo de los mismos no precisa de grandes rudimentos y que su puesta en práctica no requiere de técnicas de georreferenciamiento. Las

desventajas, por su parte, se resumen a dos. En primer lugar, tal como sostuvimos cuando abordamos el problema de la escala, los valores de ID e IS serán menores cuanto mayor sea el tamaño de las subunidades espaciales (Van Kempen R. 2003). No es lo mismo, por ejemplo, medir la segregación residencial a escala de radios censales que medirla a escala de fracción censal. La segunda desventaja consiste en que, al ser indicadores resumen, nada dicen acerca de si las áreas de concentración de los grupos se distribuyen de forma aleatoria en el espacio o se adjuntan unas a otras conformando contiguos homogéneos (Sabattini F., Cáceres G. y Cerdá J. 2001). De ahí que no sea recomendable acotar el estudio de la segregación residencial a la implementación de estos dos indicadores de desigualdad.

Para el caso de la ciudad de Neuquén, el IS muestra que los grupos extremos en nivel socioeconómico (MNI bajo y MNI alto) son los que se encuentran menos homogéneamente distribuidos (Cuadro N° 2). En 1991, cerca de un cuarto de los jefes de hogar que presentaban los peores indicadores educativos debía cambiar su lugar de residencia para obtener una distribución homogénea en toda la ciudad. La segregación de quienes mostraban un MNI alto era aun más fuerte. Un IS de 44 nos habla de una población de una escasa mezcla habitacional entre la población de mayores ingresos y el resto de la sociedad neuquina (Cuadro N° 2). Hacia comienzos de la década de 1990, cerca de la mitad de los jefes de hogar de mejor condición socio-económica debía trasladarse para lograr una distribución uniforme al interior del espacio urbano. Podríamos resumir lo dicho de la siguiente manera: mucho antes de la aparición de los *countries* y las urbanizaciones exclusivas, y rompiendo con lo que el sentido común pareciera indicarnos, los ricos se encontraban mucho mas segregados en el espacio urbano que los pobres.

Cuadro N°2 - Índice de Segregación según grupos de máximo nivel de instrucción de los jefes de hogar. Neuquén, 1991

Grupo	IS
Bajo	24,98
Medio Bajo	8,31
Medio Alto	20,56
Alto	44,63

Fuente: Elaboración propia en base a datos del INDEC

Los grupos intermedios, por su parte, mostraban índices de segregación que se encontraban entre ambos extremos. De todos modos, detrás de esta afirmación, bastante general por cierto, se ocultan dos

aspectos que no podemos dejar de mencionar. El primero es que el grupo de MNI medio-alto mostraba un nivel de segregación asimilable al del último peldaño de la clasificación: un quinto de los hogares cuyo jefe había completado el nivel educativo, debía cambiar su residencia para alcanzar una absoluta integración (Cuadro N° 2). En segundo término, el grupo compuesto por los hogares cuyo jefe mostraba un MNI medio bajo exhibía una situación muy cercana a la equidistribución. Un IS de apenas 8 muestra a las claras que las pautas residenciales de este grupo coincidían con la distribución del total de la población para cada una de las unidades espaciales analizadas.

Pasemos ahora al segundo de los indicadores a partir de los cuales podemos aproximarnos a la desigualdad: el índice de disimilitud. Los resultados que obtuvimos en este punto permiten sumar a Neuquén a la abundante literatura dedicada al estudio de la segregación residencial socioeconómica. Al igual que otros trabajos, la medición del ID pone de manifiesto la estrecha correlación existente entre nivel socioeconómico y ocupación del espacio, sugiriendo una alta correspondencia entre la distribución espacial de los grupos y las distancias socioeconómicas existentes entre ellos (6). El ID alcanza valores más altos al calcularse entre grupos socioeconómicos extremos, y valores más bajos entre los grupos salteados y contiguos (Cuadro N° 3). Para demostrar lo primero basta con mencionar una cifra: dos terceras partes de los miembros del grupo de MNI bajo debían cambiar su lugar de residencia para obtener una igual distribución respecto del grupo de MNI alto en todas las áreas de la ciudad. Pero este dato nos dice poco si no observamos desde una perspectiva más amplia: en caso de utilizar los parámetros provistos por C. Arriagada Luco (2010), un autor especializado en el estudio de la diferenciación socioespacial en distintas urbes latinoamericanas, estamos en condiciones de sostener que ambos grupos mostraban entre sí una realidad de hipersegregación (7).

Cuadro N° 3 - Índice de Disimilitud entre grupos de máximo nivel de instrucción de los jefes de hogar. Neuquén, 1991

Grupo 1	Grupo 2	Relación 1-2	ID
Bajo	Alto	Extremo	66,3
Medio Bajo	Alto	Salteado	52,0
Bajo	Medio Alto	Salteado	44,8
Medio Alto Medio	Alto	Contiguo	29
Bajo	Medio Alto	Contiguo	27,1
Bajo	Medio Bajo	Contiguo	21,5

Fuente: Elaboración propia en base a datos del INDEC

Concentremos nuestra atención ahora en el nivel de segregación existente entre los grupos que no se encontraban en los extremos de la clasificación. En este sentido, las observaciones que realizamos en relación a los grupos salteados se encuentran en el rango de lo esperable: el ID desciende si, en lugar de medir los extremos de la clasificación, nos ocupamos de aquellos que se encontraban a un casillero socioeconómico de distancia. De todos modos, la mezcla habitacional entre cada uno de ellos era, para comienzos de la década de 1990, muy escasa. Los datos que surgen de procesar la información suministrada por el censo de 1991 son elocuentes: el ID entre los grupos de MNI bajo y medio alto es del orden del 45%; mientras que entre medio bajo y alto alcanza el 52%. Dicho en una forma más sencilla, cerca de la mitad de quienes conformaban estos grupos debían mudarse para lograr una distribución uniforme al interior del tablero urbano.

En cuanto a los grupos contiguos, los datos parecieran confirmar la hipótesis de la fuerte correlación entre la situación socioeconómica y el lugar de residencia. Los ID elevados registrados en los extremos y entre los grupos salteados mudan en otros mucho más bajos si enfocamos nuestra mirada en aquellos grupos que se encontraban próximos desde el punto de vista social. Que los mínimos niveles de mezcla residencial los encontremos entre estos últimos es la mejor muestra de ello. Puede que algunas cifras ayuden a comprender este punto: en ninguna de las tres situaciones a las que podríamos situar en el casillero de la contigüidad hallamos un ID superior a 30%, umbral a partir del cual podemos hablar de una realidad de segregación. Las implicancias de estas observaciones están a la vista: para el caso que nos ocupa, al igual que en otras ciudades que fueron analizadas desde la misma óptica, la cercanía socioeconómica tuvo su correlato en lo espacial, particularmente en lo que se refiere a la ubicación de cada uno de estos grupos en el tablero urbano.

- *Dimensión clustering*

El tercero de los indicadores que utilizaremos para captar la segregación residencial socioeconómica en la ciudad de Neuquén, es el Cociente de Localización (LQ). En términos generales, podríamos afirmar que este indicador nos alerta sobre cuán grande es la proporción de un determinado grupo en una determinada área de la ciudad con respecto a la proporción del mismo grupo en toda la ciudad. Un LQ menor a la unidad, nos pone en aviso de una situación en la cual la proporción de un determinado grupo en la subunidad, es menor a la proporción del grupo en la ciudad (realidad de sub-representación relativa); mientras que uno que se

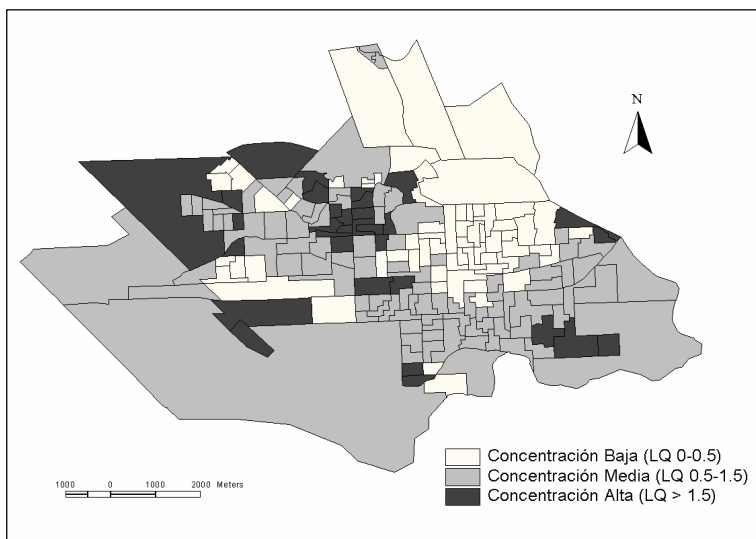
encuentre por encima de aquella cifra, pone de manifiesto lo contrario: la proporción de dicho grupo en la subunidad es mayor a la proporción del grupo en la ciudad (realidad de sobre-representación relativa) (Arbaci S. 2008). Aunque se trata de una medida de concentración, el LQ se ajusta perfectamente a los objetivos que nos planteamos en este trabajo. Y esto es así por una razón muy sencilla: al permitir ordenar todas las áreas en función de la proporción de miembros del grupo que habitan en ellas, el LQ nos posibilita tomar nota de posibles agrupamientos espaciales. En el renglón de las ventajas también debemos remarcar un segundo aspecto: el LQ no es sensible a las diferencias de población y vuelve posible la comparación de la distribución en el espacio de grupos muy dispares en términos demográficos. Pero, junto a estas ventajas, debemos apuntar un problema muy difícil de resolver desde una óptica metodológica. Por tratarse, en esencia, de un indicador de concentración, sólo podemos aproximarnos al nivel de *clustering* de los diferentes grupos sociales en el espacio forma visual, intuitiva y aproximada. Por ello, resulta importante, como veremos más adelante, sumar un cuarto indicador para acceder a esta dimensión de la segregación residencial.

Dicho esto, existe una pregunta que se vuelve obligatoria: ¿Dónde se ubican las áreas de mayor concentración relativa de jefes que se encontraban en los extremos de la clasificación (MNI Alto y Bajo)? O, dicho de otro modo, ¿Dónde se localizaban los grupos socioeconómicos que mostraban entre sí una escasa mezcla habitacional?

La respuesta a estos interrogantes se podría resumir de la siguiente manera: la distribución en el espacio de ambos grupos presentaba una combinación entre elementos de muy larga data y otros que resultaban, hacia comienzos de la década de 1990, novedosos. En el Mapa N° 3 podemos ver que las áreas de mayor concentración relativa de jefes con MNI bajo se ubicaban en espacios que se encontraban relegados desde mediados del siglo XX (Perren J. 2006). En ese casillero debemos ubicar asentamientos semi-rurales desarrollados en las inmediaciones del cinturón de chacras que rodea a la ciudad (en el suroeste, el barrio “Valentina” y en el sureste el “Confluencia”), el primer barrio de “intrusos” de Neuquén (“Bouquet Roldan” en las cercanías del Centro), barrios populares que supusieron un primer avance hacia la periferia (“Progreso” en el oeste) y un vecindario precario nacido luego de un traslado de personas a raíz de una gran inundación en 1958 (“Sapere” en el oeste del ejido urbano). El grupo de menor rodaje por el sistema educativo también se hallaba sobre-representado en aquellas áreas que se habían sumado a la marea urbanizadora en las décadas de 1970 y 1980. En la mayoría de los casos se trataba de asentamientos que se habían desplegado sobre tierras fiscales y

que, todavía para 1991, carecían de los más básicos servicios públicos (los barrios “Malvinas” y “Ceferino” en el noroeste y el “Limay” y “Don Bosco II y III” en el sur). Por último, y allí radica una de las principales novedades en relación al pasado, el estrato de menor nivel socioeconómico comenzaba a ser fuerte en complejos habitacionales construidos por el Estado provincial en la periferia de la ciudad. Esta política, que profundizó la segregación de los sectores más vulnerables de la sociedad, dio origen a barrios como San Lorenzo (oeste), Ciudad Industrial (norte), Gregorio Álvarez, Melipal o Unión de Mayo (los tres últimos en el noroeste). Así pues, quedaban conformadas una serie de “islas de pobreza” cuyo LQ era superior a 2 y cuya localización en el tejido urbano era claramente periférica.

Mapa N° 3 - Cociente de Ubicación (LQ) de MNI Bajo. Ciudad de Neuquén, 1991

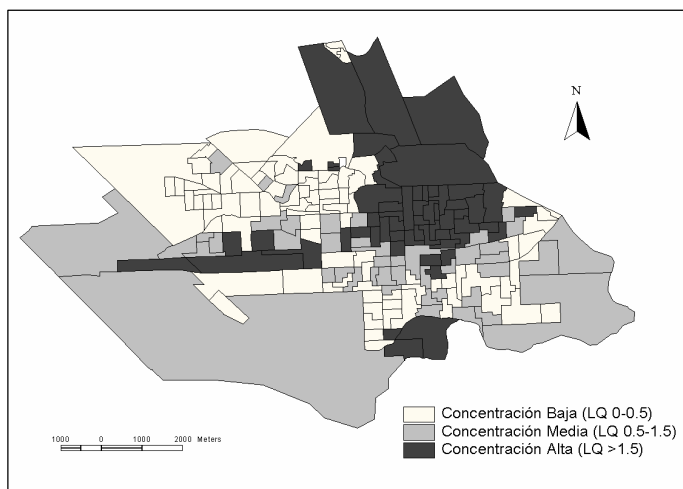


Fuente: Elaboración propia en base a INDEC y DPECN

Un *mix* similar entre elementos antiguos y nuevos observamos en el grupo conformado por los jefes de MNI alto. Su presencia relativa era verdaderamente fuerte en lo que, en otro trabajo, denominamos “centro extendido”; es decir, aquel espacio conformado por el damero original y diferentes barrios residenciales que, en virtud del creciente precio de la propiedad inmobiliaria en el área comercial y administrativa, se

construyeron en un radio comprendido entre quince y treinta cuadras del centro geográfico de la ciudad (“Villa Farrell” al este, “Cumelén” al oeste, “Santa Genoveva” y “Provincias Unidas” al noreste y “Alta Barda”, “COPOL”, “Salud Publica” y “14 de octubre” al norte) (Perren, J. 2009). Este patrón de asentamiento centralizado, que invertía la lógica sugerida por Burgess para el caso de las metrópolis norteamericanas, comenzó a ser acompañado de un elemento que ganaría peso conforme nos aproximamos al presente: la “periferización” de las pautas habitacionales de los miembros más encumbrados de la sociedad. Esto es especialmente evidente en el caso de las áreas conocidas como “Jardines del Rey” (al sur), “Rincón Club de Campo” (al norte), “Consortio San Martín” y “Barreneche” (ambos en el oeste); todos vecindarios que fueron ideados como espacios residenciales que ofrecían una seguridad y un contacto con la naturaleza que, de acuerdo a las publicidades de la época, comenzaba a escasear en el centro de la ciudad. También con una ubicación periférica, aunque con características muy diferentes a los anteriores, debemos mencionar a los complejos habitacionales construidos para dar solución al déficit de viviendas que enfrentaban los trabajadores de la educación en la capital neuquina (“MUDON” y “MUTEN” en el noroeste). En resumen, las pautas de asentamiento del grupo que ocupaba la cúspide de la clasificación se asemejaba a un “continente” que ocupaba el centro y a un puñado de “islas” que comenzaban a abrirse paso en la periferia (Mapa N° 4).

Mapa N° 4 -Cociente de Ubicación (LQ) de MNI Alto. Ciudad de Neuquén, 1991

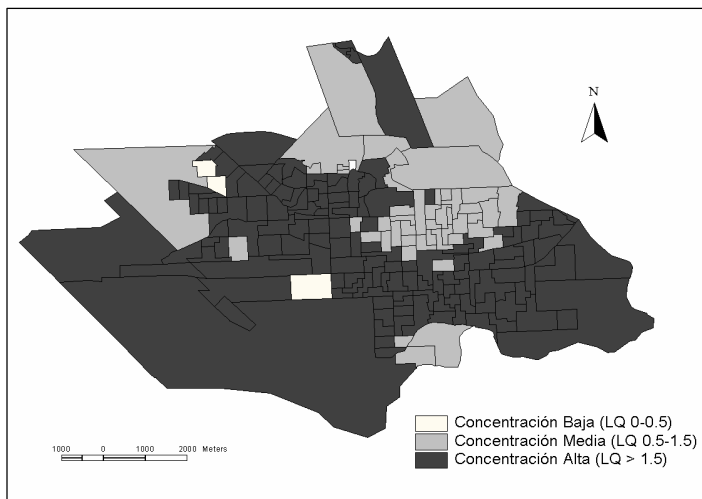


Fuente: Elaboración propia en base a INDEC y DPECN.

Si los extremos de la clasificación mostraban una fuerte concentración en algunos de los cuadrantes de la ciudad: ¿Qué sucedía con aquellos que presentaban los índices de segregación más bajos? ¿Es posible detectar alguna área en la que se encuentren agrupados los hogares cuyo jefe presentaba un MNI medio bajo y medio alto?

Una rápida mirada a los mapas N° 5 y N° 6 nos brinda una respuesta a estos interrogantes. Tomando distancia de lo ocurrido con los grupos que se encontraban en la base y en la cúspide de la grilla, los grupos intermedios mostraban una distribución en el espacio mucho más uniforme. Esto resulta especialmente visible entre los jefes de MNI medio bajo. Para dar fuerza a este enunciado es suficiente mencionar un dato: dos tercios de los radios censales relevados contenían un LQ superior a la unidad (Concentración Media y Concentración Alta). Esta equidistribución, que refleja en buena medida el IS bajo que señalamos con anterioridad, es acompañada con algunos bolsones de mayor y menor presencia relativa. Entre los primeros, tenemos que mencionar la franja de vecindarios precarios que en la década de 1980, comenzaron a expandirse en dirección al noroeste de la ciudad y un puñado de radios ubicados en alguno de los barrios más antiguos de la ciudad, sobre todo en aquellos que, hacia mediados del siglo XX, carecían de la infraestructura más básica y que, en las décadas siguientes, se fueron conectando al tejido urbano (por caso: “Villa María”, “Belgrano” o “La Sirena”). Entre los segundos, por su parte, podemos señalar el área céntrica, el Distrito Central de Negocios dirían los geógrafos alemanes dedicados al estudio de la estructura urbana (Bahr J. y Mertins G. 1981), así como otros espacios que habíamos destacado como opciones residenciales de elite (“Centro expandido” y enclaves periféricos).

Mapa N° 5 - Cociente de Ubicación (LQ) de MNI Medio Bajo. Ciudad de Neuquén, 1991

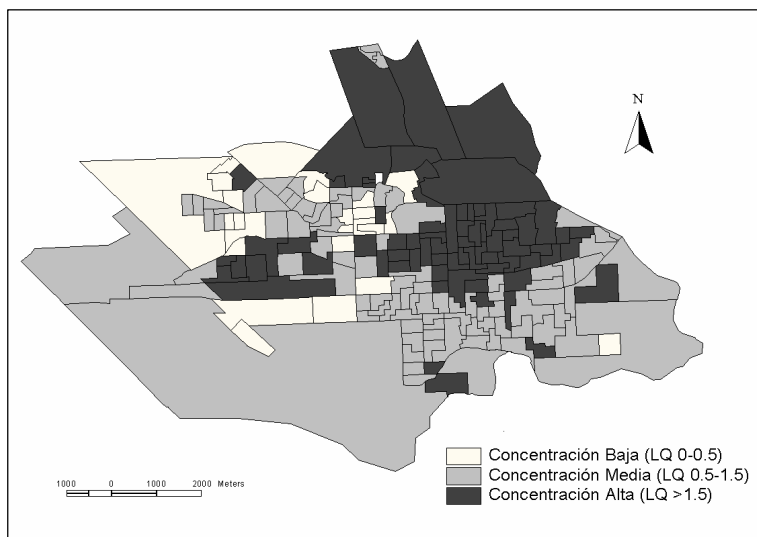


Fuente: Elaboración propia en base a INDEC y DPECN

La distribución de los jefes con MNI medio alto, aunque mucho más uniforme que los grupos extremos, mostraba algunas singularidades que la separaban de la exhibida por el grupo con MNI medio bajo (Mapa N° 5). En principio, su presencia en el cuadrante céntrico de la ciudad era mucho más fuerte que esta última subpoblación y, por lo mismo, replicaba en buena medida las pautas habitacionales de los hogares de mayores ingresos. Pero, a diferencia de quienes ocupaban el peldaño superior de la clasificación, su concentración en los diferentes radios de la ciudad dibujaba un juego de tonalidades que va perdiendo intensidad a medida que nos internamos en la periferia. Y en ese *degradee* es particularmente relevante su peso relativo en lo que habitualmente se denomina como “Bajo”; es decir, esa franja de territorio que, hasta bien avanzado el siglo XX, se encontraba a merced de las crecidas del río Limay, albergando por esa precariedad al grueso de los sectores populares neuquinos (Barrios como “Belgrano”, “Villa María”, “Mariano Moreno”, “Nuevo”, “Villa Florencia” o “La Sirena”) (Mases E. y otros 2001: 46). Estas características volvieron a este conjunto de barrios, hasta por lo menos 1970, un espacio donde existía una fuerte presencia de los estratos inferiores de la grilla ocupacional (trabajadores manuales poco calificados y trabajadores no manuales bajos), así como de población que -a falta de un mejor rótulo- podríamos

denominar “nativa” (Perren J. 2009b). Para 1991, esta realidad, en gran medida, había cambiado. Los LQ registrados en esta área de la ciudad, todos ubicados en un rango que oscilaba entre uno y dos, ponen de manifiesto el sostenido avance del sistema educativo provincial y el creciente peso dentro de la misma de migrantes calificados que arribaron a la ciudad en las décadas de 1970 y 1980.

Mapa N° 6 - Cociente de Ubicación (LQ) de MNI Medio Alto. Ciudad de Neuquén, 1991



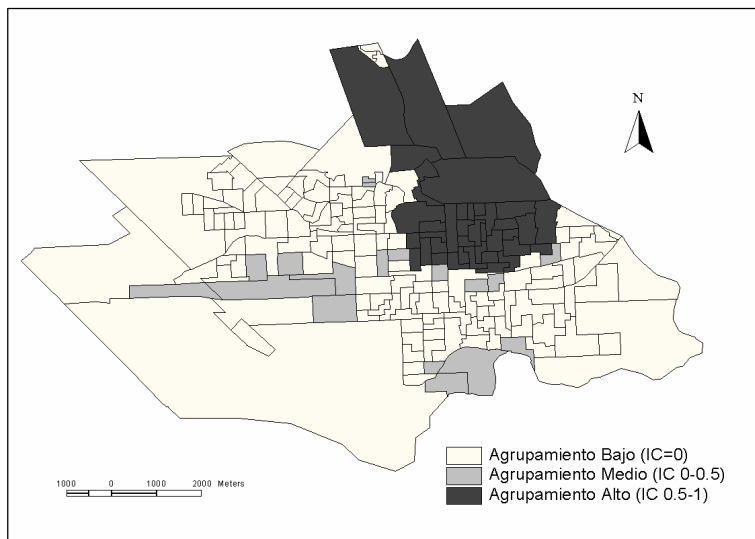
Fuente: Elaboración propia en base a INDEC y DPECN

El último de los indicadores que aplicaremos en el presente trabajo es el índice de contigüidad (IC). Su principal ventaja en relación al LQ radica en su capacidad para explorar detalladamente el grado de agrupamiento de las áreas que albergaban una elevada concentración de aquellos grupos que se encontraban segregados en el espacio urbano (jefes con MNI bajo y alto). Conocer a ciencia cierta esta magnitud puede que nos provea algunas pistas sobre cuan polarizada se encontraba la ciudad en el momento en que las fórmulas neoliberales comenzaban a ser aplicadas en la Patagonia y sobre los condicionantes espaciales de los movimientos sociales que emergieron como respuesta a una realidad signada por la desocupación (Bonifacio J. 2009). Una ventaja adicional del IC radica en que su

modalidad global ofrece una medida aproximada del *clustering* o, lo que es igual, del nivel en que las áreas de concentración se alternan en el espacio o se adjuntan unas a otras en el conjunto de la ciudad.

Claro que para acceder al *clustering* de una forma que no sea intuitiva y basada en la información visual, es preciso recorrer un camino mucho más extenso que en el transitado en el resto de los indicadores (8). La elaboración del IC implica, en primer lugar, seleccionar entre todas las áreas, aquellas que presentaban una proporción significativa de jefes de hogar con MNI bajo y alto, a las cuales podríamos considerar áreas “pobres” y “ricas” respectivamente. En la presente aproximación, dicho umbral ha sido fijado en 1,5 veces la proporción del grupo en la ciudad ($QL > 1,5$). En segundo término, resulta necesario construir una matriz de contigüidad para todas las áreas seleccionadas, en la que a cada área la matriz asigna el valor 1 por cada área vecina con $QL > 1,5$ y el valor 0 por cada área vecina donde el QL es menor a 1,5. Los valores obtenidos se suman y se promedian por la cantidad de áreas vecinas, obteniendo así un valor local del índice de Contigüidad para cada área que varía entre 0 (áreas con $QL < 1,5$ que sólo limitan con áreas de $QL < 1,5$) y 1 (áreas completamente rodeadas por otras con $QL > 1,5$). Por último, para obtener una medida global de agrupamiento para el conjunto urbano se calcula la media del total de valores locales.

Veamos qué ocurre con el nivel agrupamiento de las áreas “ricas”. Una lectura superficial de la cartografía nos permite detectar un primer elemento: la mayoría de las unidades espaciales que se ubicaban en la periferia de la ciudad aparecen en color blanco, ya sea por tener un valor 0 (áreas con $QL > 1,5$ pero que no limitan con otras áreas similares) o bien por haber sido excluidas del análisis porque poseen un QL menor a 1,5 (Mapa N° 7). Otro elemento que salta a la vista es la ausencia de una franja de transición. Los radios censales con un color intermedio, que representarían áreas levemente segregadas, son relativamente pocos y no llegar a conformar un cordón perimetral alrededor de áreas con más alta concentración relativa de jefes con MNI alto. Por su parte, las áreas más oscuras, que constituyen el núcleo del agrupamiento, ocupan una importante superficie que, a grandes rasgos, coincide con el “Centro expandido” de la ciudad. A ese continente de riqueza, como lo llamamos con anterioridad, podríamos pensarlo como un área homogénea que se encontraba menos expuesta al contacto con otros grupos sociales y, bajo la dimensión de *clustering*, como un espacio segregado.

Mapa N° 7 -Índice de Contigüidad (IC) de MNI Alto. Ciudad de Neuquén, 1991

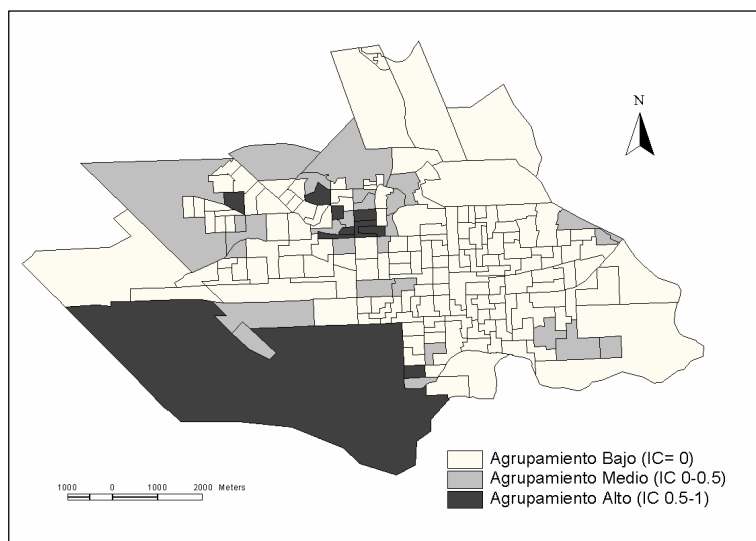
Fuente: Elaboración propia en base a INDEC y DPECN

Una forma de apreciar el efecto del fuerte *clustering* de las áreas “ricas” en la polarización de la sociedad neuquina es a partir de los enlaces. Aunque se trata de una vía indirecta, que no abarca al conjunto de la población, una exploración de la nupcialidad puede que nos brinde algunos indicios sobre el impacto de la segregación residencial en las relaciones sociales y, como sostienen algunos autores, en la subjetividad de los habitantes (Machado Barbosa E. 2001). En otro trabajo, analizamos las pautas matrimoniales de la población nativa y de quienes habían llegado de diferentes provincias argentinas; es decir, de los grupos de la población que, en la década de 1980, mostraban un comportamiento residencial sumamente centralizado y una fuerte presencia en los escalones superiores de la estructura ocupacional. Algunos resultados que obtuvimos en aquella investigación nos mostraron la fuerte correlación que existía entre condición social, lugar de residencia y selección matrimonial: cerca de tres cuartas partes de los novios de los mencionados orígenes registraron un enlace con una mujer de idéntica condición (Perren J. 2009c). Invirtamos el razonamiento para ganar claridad: sólo un cuarto de los novios nacidos en la ciudad o que declararon su condición de migrantes interprovinciales contrajeron nupcias con algún integrante de los grupos migratorios que se

encontraban sobre-representados tanto en la periferia de la ciudad como en la base de la pirámide ocupacional (chilenos y llegados del interior de la provincia). En pocas palabras, el hecho de compartir un espacio de la ciudad, algo deducible de la elevada segregación, permitió a quienes integraban el segmento más encumbrado de la sociedad tejer una trama de relaciones que tuvo al matrimonio como posibilidad (9).

Con una idea clara de lo sucedido en las áreas ricas, estamos en condiciones de observar el nivel de agrupamiento de aquellos radios en los que existía una fuerte concentración de jefes con MNI bajo (Mapa N° 8). Lo primero que podríamos decir es que estos últimos invertían la distribución de las áreas “ricas”: los IC más bajos los encontramos en el “Centro expandido” y, a medida que avanzamos hacia el noroeste, los valores se incrementan. En efecto, si exceptuamos a los radios correspondientes a la Colonia Valentina, un espacio rural que por su dimensión deforma la medición del *clustering*, notamos un fuerte agrupamiento de áreas “pobres” en el sector norte del barrio Progreso, en el cuadrante de la ciudad que luego va a dar origen a dos nuevas jurisdicciones: “Villa Ceferino” e “Islas Malvinas”. Pero, a diferencia de las áreas “ricas”, los radios que contienen los IC superiores 0,5 estaban rodeados de un área de transición compuesta por radios cuyos IC oscilaban entre 0 y 0,5. Esta región con valores intermedios es particularmente nítida al este y al norte del área de mayor concentración de la pobreza, algo atribuible al hecho de ser lindera al límite histórico entre el distrito central y los barrios (calle Colón). Por último, y tomando distancia de lo ocurrido con las áreas ricas, advertimos la existencia de otros enclaves de pobreza que, pese a no tener la intensidad y el tamaño del ubicado en el noroeste, no podemos dejar de mencionar: los vecindarios precarios del sur (“Limay” y “Don Bosco II y III”), este (“Confluencia” y “Sapere”) y oeste (“Bouquet Roldan”). Dicho de otro modo, el continente de la riqueza se transforma, para el caso de las áreas de mayor concentración de jefes con MNI bajo, en un archipiélago de pobreza.

Mapa N° 8 - Índice de Contigüidad (IC) de MNI Bajo. Ciudad de Neuquén, 1991



Fuente: Elaboración propia en base a INDEC y DPECN

El Sector 5 del barrio Progreso, en el corazón mismo del agrupamiento de áreas “pobres”, puede que nos brinde un panorama sobre las características de la población que residía en ese espacio fuertemente segregado de la ciudad. En un relevamiento realizado a mediados de la década de 1980, los técnicos de la Municipalidad de Neuquén descubrían que este asentamiento, que sumaba más de un millar de habitantes, sólo contaba con cuarenta estudiantes secundarios y una persona cursando sus estudios universitarios (10). Ese escaso nivel de instrucción se reflejaba en una estructura ocupacional donde sobresalían los trabajadores manuales y, en especial, quienes se empleaban en el mundo de la construcción. A modo de muestra, podríamos decir que de la mano de obra disponible, próxima a los quinientos trabajadores, más de doscientos oficiaban de albañiles, pintores, plomeros o cloaquistas.

Las condiciones habitacionales de los vecindarios que se habían asentado en tierras fiscales no eran mejores que las ocupacionales. El Sector 5, como toda la “nueva periferia” nacida en los bordes mismos de la ciudad, constituía un verdadero desierto en materia de servicios públicos. El informe que mencionamos con anterioridad destacaba las “pocas viviendas

que estaban conectadas con medidores a las redes existentes” y, al mismo tiempo, llamaba la atención sobre la proliferación de líneas “conectadas clandestinamente” (11). El acceso al agua no escapaba a esta situación signada por la precariedad: sólo un puñado de familias “contaban con una provisión de agua domiciliaria” y para la gran mayoría de la población “el abastecimiento se hacía con canillas públicas” (12). La existencia de letrinas en todas las viviendas y la evacuación de aguas servidas “a patios, zanjas o calles por superficie” creaban un ambiente con escasas condiciones de higiene (13). La prolija grilla del centro de la ciudad era reemplazada por una sinuosa trama de caminos que debía sortear los desagües pluviales a cielo abierto y las lagunas dejadas por las periódicas lluvias. La conclusión a la que arribaron los funcionarios no podía ser más clara y describe a la perfección cómo la segregación de las áreas “pobres” incrementaba el nivel de polarización de la ciudad:

“La falta de comunicación directa a los sectores de asentamiento, la carencia de servicios de infraestructura, la precariedad de la mayoría de las viviendas y la falta de ordenamiento, acarrea serios trastornos de convivencia en el medio y como consecuencia un *aislamiento social, cultural y económico de los centros urbanos desarrollados*” (14)

Esta realidad de aislamiento, descrita por las propias autoridades, puede ser puesta a prueba realizando nuevamente un estudio de los matrimonios (15). Si, en lugar de estudiar a los grupos centralizados, posáramos nuestra mirada en los que tenían una mayor presencia relativa en los radios donde advertimos un importante nivel de *clustering*, veríamos claramente un funcionamiento social que, en buena medida, le daba la espalda al resto de la ciudad. Para sostener este punto sólo hace examinar los enlaces de quienes habían llegado del otro lado de los Andes y del interior neuquino: ocho de cada diez migrantes de estos orígenes contrajeron nupcias con una persona que habitaba en las mismas coordenadas espaciales (Perren J. 2009c). Esta homogamia residencial, que se solapaba con una homogamia social, nos avisa sobre un aspecto insoslayable: los márgenes de la ciudad fueron el escenario de una fluida comunicación entre quienes ocupaban la base de la estructura ocupacional.

Algunas conclusiones y apuestas a futuro

Luego de este recorrido, ¿Qué conclusiones podemos esbozar en relación a la segregación residencial socioeconómica en la ciudad de Neuquén hacia comienzos de la década de 1990?

Retomando algunas de las reflexiones que enunciamos a lo largo del texto, podríamos decir que las pautas de localización residencial de los distintos grupos sociales mostraban una combinación entre elementos de larga data y otros que eran, hacia finales del siglo XX, a todas luces novedosos.

Al igual que en el periodo comprendido entre 1960 y 1990, la segregación residencial socioeconómica era elevada y afectaba particularmente a quienes ocupaban los extremos de la clasificación ocupacional. Los resultados que alcanzamos para cada una de las dimensiones abordadas en el trabajo podrían resumirse en una afirmación: en el caso neuquino, como en otros espacios visitados por una abundante literatura especializada, la distancia socioeconómica se solapaba con una de carácter espacial. Al mismo tiempo, la exploración que realizamos deja entrever una segunda continuidad, que pareciera atravesar a la segunda mitad del siglo XX: más allá de la expansión de los límites de la ciudad, el centro conservaba su prestigio frente a los restantes espacios suburbanos. Las consecuencias de ello son fáciles de deducir. Neuquén experimentó un movimiento poblacional hacia fuera, usando la metáfora de Moya, pero difícilmente podríamos derivar de eso una “estampida” hacia la periferia (2003: 185). Los protagonistas de la ocupación de las nuevas tierras suburbanas no fueron quienes ocupaban la parte alta de la clasificación ocupacional. Dicho en términos más sencillos, la cercanía al centro era un indicador fiable de la consolidación del tejido urbano y, como consecuencia de esto, los pobres seguían siendo más numerosos en los bordes que en el centro.

En el casillero de las rupturas, resulta necesario señalar la emergencia de un puñado de enclaves residenciales de elite en los márgenes de la ciudad. Sin llegar a poner en cuestión ese modelo que invertía la lógica sugerida por Burgess para la realidad norteamericana, Neuquén comenzó a mostrar, hacia comienzos de la década de 1990, una incipiente “periferización” de los patrones residenciales de los sectores más encumbrados de su sociedad. Estos espacios actuaron como génesis de una tendencia que no hizo más que amplificarse con el paso del tiempo: el desarrollo, por fuera de las manzanas que daban vida al centro capitalino, de *gated communities* o, lo que es igual, espacios en los que “los grupos sociales de mayor nivel socioeconómico se autosegregan, delimitando

constructiva y funcionalmente el hábitat residencial y los espacios públicos para su uso exclusivo y desalentando o incluso negando toda interacción con otros grupos sociales que habitan el entorno próximo” (Rodríguez, G. 2008: 4).

Podríamos concluir este trabajo delimitando una línea de trabajo que debería ser profundizada a futuro: aquella que intenta explorar los efectos de la segregación en la movilidad social. Avanzar en esta dirección nos obligará a pensar a la segregación, no sólo como la expresión espacial de desigualdades socioeconómicas, sino también como el cemento sobre el que las diferencias se asientan, reproducen y agravan. Es decir, la homogeneidad de la pobreza, propia de escenarios donde prima la segregación residencial socioeconómica, constituye un fuerte condicionante en las perspectivas de movilidad social ascendente de la población segregada (Rodríguez, G. 2008). Poner a prueba una hipótesis de este calibre vuelve necesario tomar distancia de la dimensión más objetiva del fenómeno de la segregación -expresada en índices como los que trabajamos en la sección anterior- y prestar atención a cuestiones subjetivas o simbólicas (Machado Barbosa E. 2001)

Notas

(1) Cuando hablamos de una aproximación histórica, nos referimos a una práctica que pivotea alrededor del concepto de historia reciente. Dicho en términos más sencillo, se trata de un análisis que se refiere a un pasado próximo que no ha terminado de acontecer y que, por esa razón, interpela e involucra a los individuos en la construcción de sus identidades.

(2) Usamos el término fragmentación en el sentido brindado por Mertins (2003: 139), quien, en un intento por modelizar la evolución de las ciudades latinoamericanas, señala una etapa cuyo comienzo puede rastrearse en la década de 1990. En esta fase, “la estructura urbana cambió fundamentalmente a un organismo fragmentado”, en el que se destacan complejos de vivienda amurallados, centros comerciales de importancia, parques industriales, entre otras estructuras celulares.

(3) Con el propósito de reducir costos y acelerar la obtención de resultados, en el Censo Nacional de Población y Vivienda 1991 se aplicaron técnicas de muestreo en las áreas más pobladas del país. En estos espacios, entre los que se encontraba la ciudad de Neuquén, se utilizaron dos tipos de cuestionarios: uno básico, que incluía la información sobre las

características de la vivienda, parentesco, edad, lugar de nacimiento y situación educacional; otro ampliado, que sumaba preguntas sobre ocupación, fecundidad, seguridad social y condición migratoria de la población. Para este último caso, la información disponible sólo es aproximativa y su tratamiento no es posible a niveles intraurbanos. Una excelente aproximación a las posibilidades y límites de las fuentes censales en: M. Marcos y G. Mera (2009).

(4) Esto debido a que los índices de segregación pueden resultar engañosos, poco aproximados y nada comparables cuando unas unidades espaciales son muy grandes y otras muy pequeñas (Rodríguez G. 2003)

(5) D. Massey y N. Denton (1988) distinguen, además de la *igualdad* y el *clustering*, otras tres dimensiones que no analizaremos en este trabajo. La primera de ellas es la *exposición*, que apunta al grado de contacto potencial o posibilidad de interacción entre los miembros de los grupos. La segunda apunta a desentrañar la *concentración*, que considera la cantidad relativa de espacio físico ocupado por el grupo minoritario. La tercera, la *centralidad*, da cuenta del grado en que un grupo está espacialmente localizado cerca del centro de un área urbana (Marcos M. y Mera G. 2009).

(6) Una hipótesis en el mismo sentido pero aplicada al caso de la ciudad de Buenos Aires fue sugerida en G. Rodríguez (2003: 18).

(7) Estos resultados son consistentes en relación a los obtenidos en otros trabajos en los que tangencialmente nos introdujimos en la problemática de la segregación residencial socioeconómica. En estos textos, que buscaban avanzar en el conocimiento de los patrones habitacionales de distintos grupos migratorios en la ciudad de Neuquén entre 1960 y 1990, pudimos demostrar, a través de fuentes nominativas, la escasa mezcla habitacional entre quienes ocupaban los extremos de la clasificación ocupacional. Una síntesis de esta línea de investigación en J. Perren (2010)

(8) Hemos seguido las prescripciones sugeridas por Rodríguez (2003) en un trabajo en el que estudió, para la ciudad de Buenos Aires, la segregación residencial socioeconómica.

(9) Una hipótesis similar en H. Otero y A. Pellegrino (2004).

(10) Archivo Histórico de la Municipalidad de Neuquén (en adelante AHMN), *Asesoría técnica de normalización de asentamientos ilegales*, Secretaría de Obras Públicas, Municipalidad de Neuquén, 1983, p° 6.

(11) AHMN, *Asesoría técnica de normalización de asentamientos ilegales*, Secretaría de Obras Públicas, Municipalidad de Neuquén, 1983, p° 6.

(12) AHMN, *Asesoría técnica de normalización de asentamientos ilegales*, Secretaria de Obras Publicas, Municipalidad de Neuquén, 1983, fº 8.

(13) AHMN, *Asesoría técnica de normalización de asentamientos ilegales*, Secretaria de Obras Publicas, Municipalidad de Neuquén, 1983, fº 8.

(14) AHMN, *Asesoría técnica de normalización de asentamientos ilegales*, Secretaria de Obras Publicas, Municipalidad de Neuquén, 1983, fº 9.

(15) Profundizar este tipo de afirmaciones nos obligará en el futuro a incorporar el análisis de alguna medida de exposición o aislamiento; es decir, atender a la segunda dimensión de la segregación enumerada por Massey y Denton (1988). Si bien el aislamiento puede ser percibido a partir de comportamientos como el matrimonio, será necesario en futuros trabajos medirlo en forma directa, siguiendo la hoja de ruta sugerida por S. Reardon y D. O'Sullivan (2004)

Bibliografía

AMATO, Peter: **An analysis of the changing patterns of elite residential areas in Bogotá**, Tesis de doctorado, Cornell College, 1968.

ARBACI, Susana: *“Hacia la construcción de un discurso sobre la inmigración en las ciudades del sur de Europa. La política urbanística y de vivienda como mecanismos estructurales de marginación étnica residencial”*, en: **ACE: Arquitectura, Ciudad y Entorno**, Año III, N° 8, 2008, pág. 11-38.

ARIAS BUCCIARELLI, Mario y FAVARO, Orietta: *“Reflexiones en torno a una experiencia populista provincial. Neuquén (Argentina), 1960-1990”*, en: **Nueva Sociedad**, Caracas, marzo/abril 2001, pág. 54-64

ARRAIGADA LUCO, Camilo y RODRIGUEZ VIGNOLI, Jorge: **Segregación residencial en áreas metropolitanas de América Latina: magnitud, características, evolución e implicaciones políticas**, en: Serie Población y Desarrollo, N° 47, Santiago de Chile, CEPAL, 2003.

ARRIAGADA LUCO, Camilo, *“Segregación residencial en tiempos de ciudades globales: Estudio comparado de las áreas metropolitanas de Chile y Canadá”*, en AAVV, **Tendencias de la Segregación en las Principales Ciudades Chilenas. Análisis Censal 1982-2002**, Santiago,

Pontificia Universidad Católica de Chile e Instituto Nacional de Estadísticas (INE), 2010, pág. 67-92.

BÄHR, Jorgen y MERTINS, Gunter: “*A model of the social and spatial differentiation of Latin American metropolitan cities*”, in: **Applied Geography and Development**, N° 21, Institute for Scientific Cooperation, 1981, pág. 7-30.

BANDIERI, Susana: “*La persistencia de los antiguos circuitos mercantiles en los Andes meridionales*”, en: **La frontera hispano-criolla del mundo indígena latinoamericano en los S. XVII y XIX**, MANDRINI, R. y PAZ, C. (comp.), Tandil, IEHS-CEHIR, 2002, pág. 253-285.

BANDIERI, Susana: **Historia de la Patagonia**, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

BLANCO, Graciela y otros: **Neuquén: 40 años de vida institucional**, Neuquén, CEHiR-COPADE, 1998.

BONIFACIO, José: **Los procesos de protesta y organización de los trabajadores desocupados en la provincia de Neuquén**. Tesis de Doctorado. FLACSO. Sede Académica Argentina, Buenos Aires, 2009.

BORGES, Marcelo: “*Características residenciales de los inmigrantes portugueses en la ciudad de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX*”, en: **Estudios Migratorios Latinoamericanos**, N° 18, Buenos Aires, CEMLA, 1991, pág. 223-237.

BUZAI, Gustavo: **Mapas Sociales Urbanos**, Buenos Aires, Del Lugar Editorial, 2003.

CERVERA, Felipe: **Ecología de la ciudad de Santa Fe**, Mimeo, Santa Fe, 1974.

DUNCAN Otis y DUNCAN Beverley: “*Methodological analysis of segregation index*”, in: **American Sociological Review**, N° 20, 1955, pág. 210-217.

FRID, Carina: “*Inmigración y selección matrimonial: el caso de los italianos en Rosario (1870-1910)*”, en: **Estudios Migratorios Latinoamericanos**, N° 18, Buenos Aires, CEMLA, 2001, pág. 161-190.

GARNIER, Jean.: **Une ville, une revolution: La Havane**, Paris, Editorial Anthropos, 1973.

GRAFMEYER, Yves y JOSEPH, Isaac: **L'école de Chicago. Naissance de l'écologie urbaine**, Paris, Aubier, 2001.

GRIFFIN, Ernst y FORD, Larry: "A model of Latin American City Structure", en: **Geographical Review**, N° 70, 1991, pág. 397-422.

HOWELL, David: "A model of argentine city structure", en: **Revista Geográfica**. IPGH, N° 109, 1989, pág. 129-140.

Instituto Nacional de Estadística y Censo: **La población de la provincia de Neuquén**, Series demográficas, Buenos Aires, 1998.

KLOSTER, Elba: "Migración y trabajo femenino en una ciudad de crecimiento acelerado", en: **Boletín Geográfico**. Neuquén, Universidad Nacional del Comahue, N° 8, 1991, pág. 11-25.

LINARES, Santiago y LAN, Diana: "Análisis multidimensional de la segregación socioespacial en Tandil (Argentina) aplicando SIG", en: **Investigaciones geográficas**. Alicante, Universidad de Alicante. N° 44, 2007, pág. 149-166.

MARCOS, Mariana y MERA, Gabriela: "Fuentes de datos y nuevas dinámicas urbanas: posibilidades de los censos nacionales para el estudio de las microdiferencias espaciales (1970-2001)", en: **X Jornadas Argentinas de Estudios de Población de la AEP**, San Fernando del Valle de Catamarca, 2009, CD-ROM.

MARCOS, Mariana y MERA, Gabriela: "Pensar la espacialidad, medir la espacialidad. Propuestas teóricas y desafíos metodológicos para analizar la distribución y diferenciación en el espacio urbano", en: **XI Encuentro Internacional Humboldt**, Ubatuba, CD-ROM, 2008.

MASES, Enrique y otros: **La ciudad del viento...Historias, arquitectura y sociedad en el núcleo urbano de Neuquén Capital**, Neuquén, Publifadecs, 2001.

MASES, Enrique y otros: **Neuquén: 100 años de historia**, General Roca, Editorial del Diario Río Negro, 2004.

MASSEY, Douglas y DENTON, Nancy: "The Dimensions of Residential Segregation", in: **Social Forces**, Vol. 67, N° 2, 1988, pág. 281-315.

MERTINS, Günter: "Transformaciones recientes en las metrópolis Latinoamericanas y repercusiones espaciales", en: **Transformaciones regionales y urbanas en Europa y América Latina**, (LUZÓN, J., C. STARDEL y C. BORGES, coords.): Barcelona, Universitat de Barcelona, 2003, pág. 191-207.

MOYA, José: **Primos y extranjeros. La inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930**, Buenos Aires, Emecé, 2003.

NATERA RIVAS, Juan y GÓMEZ, Néstor: “*Diferenciación socio residencial en el aglomerado del Gran Santa Fe (Argentina) a comienzos del siglo XXI*”, en: **Revista Universitaria de Geografía**. Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur. N° 16, 2007, pág. 99-124.

NATERA RIVAS, Juan: “*Diferenciación socio residencial del espacio urbano en las capitales provinciales del noroeste argentino*”, Málaga, Mimeo, 2006.

OTERO, Hernán y PELLEGRINO, Adela: “*Compartir la ciudad. Patrones de residencia e integración de inmigrantes en Buenos Aires y Montevideo durante la inmigración masiva*”, en **El mosaico Argentino. Modelos y representaciones del Espacio y de la población, siglos XIX y XX**, (OTERO, H., dir.), Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, pág. 19-69.

PERREN, Joaquín: “*Destino: Neuquén. Migraciones y patrones residenciales en la Norpatagonia (1960-1970)*”, en: **Anuario del Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos Segretti**, Córdoba, N° 6, 2006, pág. 105-136.

PERREN, Joaquín: “*Estructura urbana, mercado laboral y migraciones. Una aproximación al fenómeno de la segregación en una ciudad de la Patagonia (Neuquén 1960-1990)*”, en: **Miradas en Movimiento**. Buenos Aires, Espacio de Estudios Migratorios. Vol. 4, 2010, pág. 36-69.

PERREN, Joaquín: “*Mercado laboral y migraciones en el Neuquén aluvional. Una aproximación a partir de fuentes nominativas*”, en: **Historia Regional**, Vol. 22, N° 27, Villa Constitución, Instituto Superior del Profesorado n° 3 "Eduardo Laffériere", 2009a, pág. 91-127.

PERREN, Joaquín: “*Migraciones y patrones residenciales en el Neuquén aluvional (1970-1990)*”, en: **Estudios Migratorios Latinoamericanos**, Buenos Aires, CEMLA, N° 42, 2007, pág. 331-361.

PERREN, Joaquín: **Itinerarios migratorios. Integración en el Neuquén aluvional (1960-1990)**, Tesis de doctorado, Tandil, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 2009b.

REARDON, Sean y O’SULLIVAN, David: “*Measures of Spatial Segregation*”, in: **Sociological Methodology**, Vol. 34, Issue 1, 2004, pág. 121-162.

REÑE, María: “Estructura interna de Rosario: aplicación de un modelo”, en: **Contribuciones Científicas**, Rosario, Sociedad Argentina de Estudios Geográficos, 1994, pág. 226-236.

RODRIGUEZ, Gonzalo: “Segregación residencial socioeconómica en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Dimensiones y cambios entre 1991-2001”, en: **Población de Buenos Aires**, Vol. 5, N° 8, 2008, pág. 7-30.

SABATTINI, Francisco, CÁCERES, Gonzalo y CERDÁ, Jorge: “Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: Tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción”, en: **EURE**. Santiago de Chile. Vol. 27, N° 82, 2001, pág. 21-42.

SABATTINI, Francisco: **La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina**, Santiago, Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales (PUCC). 2003.

SASSONE, Susana; SÁNCHEZ, Darío y MATOSSIAN, Brenda: “Diferenciación social y fragmentación espacial: el caso de San Carlos de Bariloche”, en: **Contribuciones científicas GÆA Sociedad Argentina de Estudios Geográficos- Congreso Internacional de Geografía 68º Semana de Geografía**, Posadas, GÆA Sociedad Argentina de Estudios Geográficos, 2007, 435-446.

TECCO, Claudio y VALDÉS, Estela: “Segregación residencial socio-económica e intervenciones para contrarrestar sus efectos negativos. Reflexiones a partir de un estudio en la ciudad de Córdoba”, en: **Cuadernos de Geografía**, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia. N° 15, 2006, pág. 53-66.

TORRES, Horacio: “El mapa social de Buenos Aires en 1943, 1947 y 1960. Buenos Aires y los modelos urbanos”, en: **Desarrollo Económico**, Vol. XVIII, N° 70, 1978, pág. 166-204.

TRPIN, Verónica: **Aprender a ser chilenos. Identidad, trabajo y residencia de migrantes en el Alto Valle de Río Negro**, Buenos Aires, IDES, 2005.

VAN KEMPEN, Roland: “Segregation and housing conditions of immigrants in Western European Cities”, in: **Eurex Lecture**, N° 7, 2003, pág. 1-18.

VAPÑARSKY, Cesar y PANTELAIDES, Edith, **La formación de un área metropolitana en la Patagonia. Población y asentamiento en el Alto Valle**, Buenos Aires, CEUR, 1987.

VAPÑARSKY, Cesar y PANTELAIDES, Edith: **Los pueblos del Norte de la Patagonia 1789-1957**, General Roca, Editorial de la Patagonia, 1985.

Fecha de recepción: 24 de mayo de 2011

Fecha de aprobación: 04 de noviembre de 2011